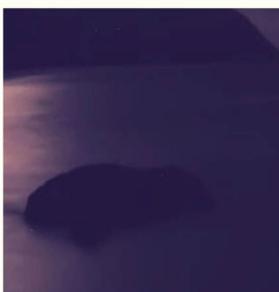


Xavier Lauder

LOS ZAPATOS DE JON MÄRTIN

UNA LUNA EN EL VESTÍBULO DEL PARAÍSO



UNA HISTORIA SOBRE EL MAYOR **SECRETO** GUARDADO:
EL MITO DE LA ISLA DONDE ELLOS SIGUEN VIVOS

el
PETIT
editor

2ª Edición

LOS ZAPATOS DE JON MÄRTIN

UNA LUNA EN EL VESTÍBULO DEL PARAÍSO

el
PETIT
editor 

LOS ZAPATOS DE JON MÄRTIN

UNA LUNA EN EL VESTÍBULO DEL PARAÍSO

Xavier Lauder

Co

Colección Ciudad Oculta #20



LOS ZAPATOS DE JON MÄRTIN

Colección Ciudad Oculta - 20

© *Del texto y de la portada:* **Xavier Lauder Martínez, 2023**

© *Del montaje de la portada:* **David Vid, 2023**

© *De la imagen del autor:* **Eva Ros, 2023**

evarosdiseny.com

© *De esta edición:* **David Vidal - El Petit Editor, 2023**

info@elpetiteditor.es

www.elpetiteditor.es

Primera edición: **junio de 2022**

Segunda edición: **mayo de 2023**

Diseño y maquetación: **Marc Martorell**

Corrección y ortotipografía: **Blai Gilabert**

Producción impresa: **Byprint**

Depósito legal: V-687-2023

ISBN: 978-84-125108-7-4

© Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización de la editorial cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Podéis dirigiros a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitáis fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



**LOS ZAPATOS DE
JON MÄRTIN**

UNA LUNA EN EL VESTÍBULO DEL PARAÍSO

A Joan Carles Dauder, Salvador Fayos y al chef Àlex Vidal

*A la «desaparición» se la conoce en el mundo como
la «muerte argentina»*

José Pablo Feinmann

Nota Introdutoria.

**Este libro se ha editado sin paginación
por decisión del autor.**

ACTO I

CAPÍTULO I. LA LLEGADA

1.1. SUELO

—No —balbuceé—. No he muerto.

Gateé hasta la orilla de la playa. Me quedé a cuatro patas, con la cabeza postrada. Mis músculos temblaban. Tenía calambres hasta en las entrañas. La camisa y los pantalones de tendencia, recién comprados para el premio, se me pegaban como babosas a la piel arrugada mientras chorreaban sin parar sobre mi sombra. Mis pulmones tampoco paraban de hincharse y deshincharse a ritmo de corazón desbocado.

Una gota roja me alertó en medio de la extenuación. Me toqué la frente, la herida seguía abierta. Me palpé, uno a uno, los bolsillos. “Tengo que avisar del desastre”, pensé. “He guardado el móvil antes de saltar al mar. ¿O no...? La cartera, las llaves...”, repasé.

En aquel momento, deseé estar abriendo la puerta de casa, empapado por la lluvia que tanto odiaba cuando me sorprendía al final de un día interminable. Añoré el felpudo que rezaba mi frase más genuina: “El Arte 0 te transforma desde su interior”. El mismo cero con el que tenía personalizado el zapato derecho de mis *Berluti*. Me miré los pies descalzos. Me había tenido que desprender de mis apreciados *oxfords* para llegar a nado hasta...

Intenté levantar la vista para encontrar una referencia geográfica. Fue un acto reflejo, igual que un toro blande su asta buscando herir a su

peligro. Sólo había palmeras y más palmeras. No sabía adónde había ido a parar.

Los dedos se me agarrotaron. Miles de hormigas hurgaron en las venas de mis antebrazos. El sol hizo el resto: cegado y con los oídos zumbando, la oscuridad se apoderó de mí, perdí la conciencia y me desplomé como un ser sin vida.

1.2. OJOS DE PEZ

Se oía música: *Who wants to live forever*. Suave. También unas risas a lo lejos. Y un sonido de *didgeridoo*. Incluso con los ojos cerrados podía notar una luz lacerante. Los abrí poco a poco. Los rayos solares se reflejaban sobre el agua de una piscina gigantesca con aspecto de charca, irregular y rodeada de vegetación. Vi que estaba acostado sobre una hamaca. Me entraron ganas de volver a dormirme escuchando aquella canción. Estaba a gusto, a pesar de no saber en casa de quién me había dormido.

Frente a la piscina había un matrimonio de cierta edad, tendido sobre aquellas hamacas minimalistas. Me incliné para verlos mejor. Estaban bebiendo bajo unos toldos transparentes. Otras tres mujeres y un hombre se marchaban entre risas. Eran aquellas las que había oído al despertar. Advertí de nuevo aquel *didgeridoo*. Esta vez me pareció más bien un aviso de algún tipo de instrumento tribal. El color verde imperaba en cada objeto, todo parecía integrado en el tono viridiano de las palmeras y arbustos.

“¡Palmeras!”, recordé. “¡¿Dónde estoy?! ¡El accidente!”

—Son unos sinvergüenzas —dijo alguien a mi lado.

Había un señor mayor de ojos pequeños y mirada abierta. Era calvo y lucía una barba blanca despoblada. Sonreía con un cuenco de madera en la mano. No dije nada. Miré a mi alrededor. Todo estaba tranquilo. Por unos instantes, no quise saber ni adónde había ido a parar, suponiendo que, al menos, a salvo sí estaba.

El sorbo escandaloso de mi vecino de hamaca alentó a mi garganta a implorar algo de beber. Tenía la boca como el cartón. Me giré buscando algún camarero. Necesitaba que me sirviesen algo refrescante. Y que me localizasen un taxi que me llevase al ayuntamiento de allí... “Pero,

¿dónde...?” Miré al otro lado. Y, así, varias veces. No se veía ni camarero ni edificio de hotel. No había tampoco ninguna movilización de efectivos con motivo del accidente aéreo. Me toque la brecha, se había secado, al igual que mi ropa. “¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Por qué no me han llevado a ningún hospital?”, me pregunté.

—Disculpe...—dije interrumpiendo el sorbo del viejo.

—¿Dónde estamos...? —me cortó—. Aquí le llamamos la Isla Purgatorio. Una isla. Perdida en medio de... Tómese ese preparado que nos traen. No es importante dónde estemos —dijo desviando la mirada.—

Una mujer, también mayor, de rasgos duros, cabellos verdes y cuernos de marfil se acercaba con dos cuencos. Lucía un semblante amistoso, unas manos desgastadas y unos dedos terminados en unas garras negras, en vez de uñas. Sus ojos albergaban un brillo rojizo en su interior. Me pareció tener delante a una sierva del demonio. Las guitarras de la música de fondo le daban todavía más empaque a su presencia. Dejó dos bebidas y se marchó.

—Oiga, ¿dónde está la policía? ¿Esto es territorio inglés o francés? Inglés, supongo, ¿no? —le pregunté mientras miraba por los alrededores.

—No busque una salida. —El hombre tomó un cuenco e hizo una pausa—. Aquí se puede vivir. En su sociedad está de moda eso de “simplemente vivir”, ¿no es así? Sobrevivir, no. Bienvivir, tampoco, no hay que confundir. Sólo estar, ¿eh? Disfrutar. ¡Aproveche la ganga que le ha llovido! A veces, aún me viene a la memoria la sociedad. *Escaparatismo*, luchas de poder... El bombardeo era constante. No me dirá que no. El fuego viene por allí, por allá, por... Ni se sabe. ¡Me alegro de haberlo olvidado! Voy camino de cincuenta años aquí. Llegué con cuarenta.

Miré hacia el cielo. Estaba raso. Me sentí muy pequeñito. Aquel firmamento tenía un color azulado como si hubiese sido pintado a trazos. Había una especie de mancha oscura, como si fuese... “¡Joder, lo es!”, me dije. Era un trocito... “¡Sin pintar!” Y, de pronto, se entrevió una mano majestuosa sobre aquel hueco, se movió con arte divino para azularlo más o menos uniformemente y desapareció tras la última pincelada. Se podían distinguir las diferentes tonalidades de aquella acuarela. Era todo tan raro...

CAPÍTULO 2. EL CRUCE DE CAMINOS

2.1. VUELO

No recordaba el instante del impacto.

El piloto iba a intentar el amaraje sobre el lecho del océano. Hacía más de una hora que el aparato estaba soportando turbulencias. Se había perdido la conexión con las torres de control, nadie recibía nuestros *Mayday*. El anuncio del amaraje sembró el caos. La gente empezó a dar gritos irracionales, a agarrarse a las paredes del fuselaje. Las azafatas ayudaban a cosas absurdas. La más jovencita lloraba desconsolada cubriéndose la cara. Yo me resignaba a aceptar la salvaje aridez de las palabras del capitán. Me tenía por un tipo con suerte. Alcé la mirada...

—¿Sigues ahí? —le pregunté a mi protectora, la diosa Fortuna—. ¡Despliega tus alas! —expresé con ingenuidad.

No viajaba en ventanilla, tal y como siempre se lo tenía ordenado a Melinda. Me encantaba leer junto a las nubes, ver las luces de las ciudades de noche, la esfericidad del planeta... Eran las únicas alturas que resistía mi vértigo. Esas y las de mis ambiciones. En aquella ocasión, había modificado mis planes a última hora: le había pedido a Melinda pasar primero por Sídney, con el objetivo de avanzar las negociaciones de la apertura del nuevo *restaurant*, y también hacer una parada de un

día en Papeete, para revisar detalles de su cocina folclórica, antes de recoger el *James Beard* en Chicago. Una improvisada vuelta al globo que me había llevado a tener que volar en pasillo. En turista. “Mala suerte”. Mal augurio para el destino al que se encaminaba el avión.

—En tus manos encomiendo mi espíritu —dijo una voz en el asiento de atrás.

Aquella plegaria me desató un miedo feroz. Los segundos empezaron a desgranarse a cámara lenta. Aquella situación escapaba a mi control, no iba a salir vivo de allí. “¿Y no puedo usar mi arte para impedirlo de algún modo?! ¿No puedo echar un capote que solucione la situación?! ¿No puedo coger del cuello al malnacido piloto?!”

Por inercia, empecé a bailotear un claqué arrítmico con las punteras y talones de mis zapatos. Me habían costado cinco sueldos de un mesero. Eran únicos, no había otro par con aquel “0” grabado. “Olvídate, vas a perderlos. No vas a salir de esta”, me dije.

Apagué el portátil. Me levanté y lo guardé en la mochila. Mientras intentaba cerrar la cremallera, me di cuenta del espectáculo: los pasajeros más inteligentes pretendían salvarse con aquellas caretas de oxígeno; otros se escondían agazapados; otros se inventaban *airbags* con abrigos y bolsos; el típico pillo imitaba lo que le resultaba más eficaz; los más próximos a los dioses extendían sus repertorios religiosos sobre su bandeja, los había de todas las gamas. Al lado del corredor, había una mujer que parecía estar ya sin alma: inmóvil, totalmente vencida a las circunstancias, aunque aparentemente relajada, sin el cinturón puesto, con los antebrazos sobre sus piernas. Imaginé que su vida debía de ser una auténtica ruina como para aceptar con tanta insignificancia la muerte.

Unos metros más adelante, un tipo que había estado bebiendo desde el despegue, se burlaba y reía del numerito esperpéntico de caglera del pasaje.

—¡Por todos vosotros y por la madre que os parió! —vociferó el borracho entre carcajadas.

Todo se iba al traste. Todo. Mis restaurantes, mi reconocimiento, mi proyección internacional, mi patrimonio. Las infinitas horas invertidas, las décadas que me quedaban por delante, las experiencias por sentir, tantos placeres, tantos éxitos por llegar, tantas creaciones por ofrecer al mundo...

Dejé de insistir con la cremallera, saqué mi gorro de chef de la mochila y me senté. Me lo puse para sentirme como el general que yo era, el regente de mis tropas en los campos de cocina, autor de airadas repri-mendas a mis soldados de cisoría.

—*Alea jacta est*—soltó el religioso de mis espaldas. Llevaba razón.

Tras unos abruptos descensos aéreos, noté que me faltaba el aire. Las anginas reverberaban el compás de las arterias. Sentía los ojos fuera de sus orbitales. Mi vientre era un acordeón agujereado.

“Nadie está preparado, nadie se quiere ir a la caja. Ni reina, ni caballo, ni alfil, ni peón”. Eran palabras de mi abuelo, una de las incontables máximas con las que me aleccionó de niño. “Ni el más anciano de los humanos se quiere morir”, repetía en sus cumpleaños antes de soplar las velas. Sin embargo, un día se contradijo: “Llegará un momento en que te sentirás cansado. Desearás yacer para siempre. Sabrás, entonces, que ese es tu lecho viático. Esfuérzate al máximo para que sea una recompensa. Y ahora, déjame, tengo que irme”, me dijo postrado en su cama mientras mis padres me separaban de él.

El avión resbalaba sobre un tobogán de atmósfera vacía. Junto a mí, un matrimonio se abrazaba entre sollozos. Yo trataba de exprimir un ochavo de néctar de entereza de entre las grietas abiertas por la tensión que arañaba aquel armatoste. Me puse a estirar las mejillas y soltar la mandíbula, tal cual me había enseñado el esporádico *coach* que me había contratado Melinda para mis bajones de moral. Intenté rebajar las inspiraciones, me sentí como una parturienta. Me coloqué señorialmente, ahuecando axilas e ingles. “Siempre he alcanzado lo que me he propuesto”, me convencí, “depende de mí sacar el valor suficiente para perder la vida, al menos, con cierta bizarría”.

Un hombre con corbata lila tropezó con mi rodilla al pasar corriendo. De sus manos salió volando un coco que se partió justo en mi reposapiés. Una bolsita llena de polvo blanco se desparramó por el suelo. El de la corbata lila me miró desencajado, me apartó las piernas, recogió toda la nieve que pudo y continuó su carrera hacia ninguna parte. Miré abajo, había quedado algo de polvo. Me agaché, me metí una esnifada kilométrica y me senté de nuevo como un señor bizarro.

Un estrépito agudo y cortante fundió las luces. En la penumbra, chispearon unos destellos a lo largo del techo. La histeria se suspendió en un paréntesis. Los pasajeros, agarrados a las paredes de hierro, temblaron y, a continuación, cayeron inconscientes, los más afortunados sobre sus butacas, los menos malhiriendo sus costillas contra algún saliente. El resto, hiperventilaban con el hocico puesto en las mascarillas. Cogí la careta ventiladora, pero mi olfato culinario me hizo apartarla de inmediato, apestaba a mefítico. Los que sustentaban la última esperanza en sus deidades intensificaron sus rezos apretando sus párpados hasta ver

las estrellas. El Borracho había parado de reír. Cogió su botella y empezó a beber sin respiro. La mujer Vencida a su adiós ni se inmutó, daba la impresión de llevar auestas un universo de sufrimiento. Yo iba a morir, como ellos dos, aunque no estaba dispuesto a evadirme como un borracho o como una mujer depresiva. A través del cristal vi que estábamos a punto de tocar mar. Saqué el móvil, no daba señal. Tan rápido como pude le puse la carcasa impermeable.

—Voy a morir —grabé acercándome el micro a la barbilla—. Soy...

Y en ese preciso momento, renuncié a despedirme. Me quité el gorro de chef y me puse el chaleco salvavidas. “Mis jefes de cocina nunca me fallan, si no, tragan quina; mis *maitres* atienden a los clientes mejor que a su familia, más les vale; este piloto... no me falles. ¡No me falles, hijo de la gran puta!”.

—A la mierda con todo. ¡Viva la inmortalidad! —grité poniéndome de pie. “¿Iré al infierno o al cielo?”

No llegué a sentir el golpe. No lo recuerdo.

2.2. DUELO

Cuando desperté, miré por la ventanilla agrietada. El aparato estaba flotando. Sobre mi regazo tenía el portátil del revés. Entre mis pies quedaba algo de polvo blanco. La mochila estaba sobre la moqueta roja del suelo. Noté mi frente húmeda. Al pasar los dedos, se me tiñeron de sangre. Me había abierto una brecha. “Por no cerrar bien la cremallera ni el compartimento”, deduje. Utilicé mi gorro para taponar la herida.

A mi lado, el matrimonio había muerto. La esposa había sido la que había agrietado la ventana con su sesera. Me asomé hacia el pasillo, el Borracho no paraba de vomitar como un sifón. Uno de los sacerdotes empezaba a espabilar. Al otro lado del pasillo, la mujer Vencida tenía otro semblante, como confundida.

—¿Vienes? —le pregunté. Ni siquiera parpadeó.

Fui hacia la puerta de emergencia con los chalecos salvavidas de la parejita. Había mucha gente desparramada sobre sus luctuosas poltronas, incluidos los oradores. Algunos hechos trizas, otros no tanto, pero todos esparcidos como confeti tras un carnaval. Al fondo estaba la joven azafata llorica con el cuello roto y sus extremidades hechas un

puzle. No quise perder tiempo con toda esa gente, un nuevo paso se había abierto ante mí después de que mi suerte no me hubiese abandonado. “La suerte hay que buscarla, hay que agarrarse a ella”, me invoqué rememorando otro de los consejos de mi abuelo.

Aparté los cuerpos que impedían el paso hacia la puerta, no sabía si estaban dormidos o muertos. Lo que sí sabía es que nadie iba a usar su chaleco antes de que se inundase el avión, era cuestión de minutos. Desaté otros tres, los até junto a los que ya tenía y me encaré a la salida de emergencia.

—¿Pero por qué se atranca ahora esta puta puerta?! —maldije intentando abrirla. La forcé, le di unos golpes con el puño, no cedía. Estaba encallada en un punto. Se apreciaban más jorobas en aquel intestino metálico. “Me falta un martillo. Algo duro”. El trajeado de la corbata lila estaba allí mismo, con la americana sucia de harina de Colombia. Era más un muñeco de trapo que un hombre. Me agaché, puse mi nariz sobre su solapa y se la limpié hasta dejarla como recién salida de la tintorería. Me dio un subidón de cojones.

Arrastré su cuerpo, lo senté junto a la abolladura de la salida, inspiré profundamente, cerré los ojos pensando en las estrellas que veían los oradores y empecé a golpear la puerta con su cráneo todo lo fuerte que pude, cada vez con más ímpetu, cada vez con menos raciocinio, cada vez descargando más ira contenida... hasta que se abrió. La luminaria y el vaivén flotante me transmitieron una brizna de sosiego. Había un sinfín de agua salada. “¿Qué tardarán en localizarnos?” Era imposible salvarse otra vez.

Miré un último instante hacia dentro. Una ola de luz bañaba la cilladrada del avión. Algún que otro muñeco de trapo intentaba alzar un brazo. El sacerdote me observaba desde el fondo.

—El cielo no está aquí. En mis manos encomiendo mi espíritu —le vocalicé. Le hice un guiño y me giré hacia mi nueva meta.

Deseé tener otra chaqueta sucia que limpiar. O un armario entero. Inspiré. Y salté al ala. Caminé manteniendo el equilibrio. El *gym* me hacía estar en forma, delgado y ligero. En la punta del ala se notaba el balanceo dócil del avión, girando sobre su eje. Entonces, por un extremo, vi algo a lo lejos.

—¿Aquello...? —mascullé—. ¿No es...?

Me sequé una última vez la herida con mi gorro de chef. Lo recosté con cariño. Los lamparones eran el fiel reflejo de las batallas lidiadas junto a él. Me arrodillé y allí lo dejé sobre su lecho. Un crujido del herraje

fue el “amén” de su entierro. Retrocedí hasta la salida de emergencia y salté sobre la puerta aboyada con los cinco salvavidas atados. Era una locura, pero también lo había sido apostar todo para alcanzar el sueño de ser uno de los grandes, hipotecando hasta mis futuros dientes con los *business angels* para abrir en Barcelona, Tokio y Chicago, e ir consiguiendo *estrellas* una tras otra. Puse los chalecos por debajo del metal y empecé a remar.

CAPÍTULO 3. LA ENTRADA

3.1. ADELANTE

—Tome. No lleva alcohol —dijo el viejo de la piscina.

Cogí la bebida. Estaba fría, aunque no llevaba hielo. Tampoco ninguna hojita o trozo de lima. No sabía mal, a pesar de la falta de presentación.

—¿Y la pajita? —se me ocurrió decir, para seguir rompiendo lo que no llevaba el cóctel.

—El primer día todos preguntan lo mismo. Eso y el hielo. No tenemos. Está igual de bueno. Y fresquito.

—Sí, pero, la imagen... ¿Quiénes son todos? —pregunté.

Los *Queen* devinieron en *Imagine*. El hombre rio abiertamente, dio otro sorbo sonoro y miró a ambos lados como buscando a un quién, o a un qué, bajo aquel lienzo pintado de azul. No parecía molestarle en absoluto el sol.

—Estos del Turno —rechinó—... Bueno, chico, ¡cheers! Bienvenido. —Brindé con él. Bebí. Bebí más. A cada trago sabía mejor, hasta que me terminé el cuenco—. No huya sin pagarlo.

—Llevo forma de pago internacio... —dije entrecortándome a mí mismo al echar mano a los bolsillos y notar que no llevaba la cartera. “¿Solo las llaves?”, pensé. “Un momento, ¡voy vestido! ¡Me quité la ropa en...!”

—Es broma. Aquí nada se paga. No hay moneda. ¿Conoce algún sitio sin moneda? Tome el mío.

—No, no...

—No tengo el cólera. Esto está totalmente desparasitado. No llegan esas pandemias típicas de siglo que tanto alteran aquel orden mundial. ¡Aquí uno muere por algún percance o de viejo! Tómelo, anda, no sea maniático. —Me acabé su cuenco. Aquella bebida hidratante no conseguía aplacar mi gaznate—. Prefiero un buen coctelito, pero si se acaba... —dijo sacándose un botijo de debajo de su hamaca—. ¡Agua, qué remedio!

Rellenó los dos vasos de madera. Era... “¡¿Amarilla?!” Después cogió una especie de cuerno musical e hizo sonar unas notas curiosas. Tenían el mismo sonido lejano que el *didgeridoo* que había oído. No sabía que se pudiese hacer música con aquella corneta primitiva. La había visto antes, en algún museo. Sin duda, aquel viejo tenía una maestría singular.

—Mis papilas ya están familiarizadas —continuó—. Es artificial. Muy sana. Está tratada. Más que tratada, se crea aquí. Al agua, me refiero.

Le dejé beber a él primero. Me miraba como si me sugiriera que no estaba envenenada. “Si hubiese querido matarme, ya lo hubiese hecho. Me he despertado en esta piscina. Pero antes... ¡Estaba en la playa! Llegué nadando tras el accidente. ¿Me desmayé? ¡No, no, espera!”, me dije.

—Lo último fue un pinchazo en el brazo —verbalicé. “Me quité la ropa antes de la picadura, ¿no? ¿Cómo es que la llevo puesta?” En aquella piscina, todo había dado un giro misterioso, con un escenario adornado por una inquietante normalidad—. Antes de despertarme aquí... Aquel bicho...

—¿Cómo dice, joven? —me preguntó. Yo seguía ensimismado, tratando de recordar el instante anterior a la piscina.

—Recobré el conocimiento y fue cuando...

3.2. EL RECUERDO DE LA VACÍA ANTESALA

Creí estar tumbado en mi cama *King size*, la del dúplex nuevo de Barcelona. Hacía calor. “Huele a mar”, musité. Abrí los ojos. Arena. Arena blanca. “Olas”, ese sonido perdurable... Me encontraba en posición fetal.

LOS ZAPATOS DE JON MÄRTIN

UNA LUNA EN EL VESTÍBULO DEL PARAÍSO

Jon, un prestigioso chef, vanidoso y ególatra, llega a nado a una isla tras un amaraje forzoso. A pesar de haber salvado su vida, aquella isla entraña un misterio desconocido y asombroso: sus habitantes. Forzado a esperar un mes para poder salir de allí, Jon convive con personas anónimas que fueron salvadas de una vida desgraciada y con celebridades míticas que desertaron de sus personajes de leyenda. La presencia de Jon resulta peligrosa para mantener el secreto de aquella población por lo que, la promesa de ser devuelto a su casa parece una quimera. A lo largo de aquellas semanas, Jon descubre otro tipo de valores, otra forma de vida que pone en jaque sus estructuras mentales, sus virtudes y sus sentimientos. Su estancia allí lo lleva por los caminos de la amistad, la traición, la ambición, las envidias, la generosidad, el amor, los celos, el sexo y el miedo a la muerte, hasta convertirlo en autor material de algo irremediable. Cuando la luna completa su ciclo, Jon se revela como un ser nuevo capaz de ver otro tipo de plenitud vital. La incógnita reside en si saldrá o no de aquella isla mítica llamada Isla Purgatorio.

